

los enemigos de la fe. Fueron auténticos cristianos en sus diversos ambientes y profesiones, desde el gitano Ceferino (*El Pelé*) hasta el ingeniero Vicente Vilar o el abogado Pablo Meléndez, padre de diez hijos; y lo mismo puede decirse de las mujeres, entre las que se encuentra la obrera textil Florencia Caerols, la modista Francisca Cuallado, la licenciada Luisa María Frías o las maestras Victoria Díez y Encarnación Gil. La vida y muerte de estos católicos seculares, padres y madres de familia o jóvenes de acción católica, son conmovedoras, empezando por la más anciana, la valenciana María Teresa Ferragut, sacrificada, a sus 83 años, con sus cuatro hijas religiosas que se habían refugiado en su casa: «donde van mis hijas voy yo».

Los muchos mártires beatificados hasta ahora son auténticos mártires. Hay que decir que son todos los que están. Pero también puede decirse que no están todos los que son, y por eso continúa el proceso de beatificación de otros muchos sacrificados *in odium fidei*. En la declaración de las beatificaciones influyen la organización corporativa, el interés de las diócesis o congregaciones y la diligencia de los postuladores. Estos factores pueden haber influido en las desigualdades numéricas antes señaladas. Pero el testimonio de los mártires no radica en el número, sino en la autenticidad de una fe sostenida hasta el sacrificio de la propia vida.

Vicente Cárcel ha escrito un libro interpelante, que no deja a nadie indiferente. Por eso ha coronado su obra con una conclusión (pp. 2441-2448) en la que nos invita a recoger algunas de las lecciones de nuestros mártires: el ánimo de una juventud entregada, el seguimiento al Señor hasta el Calvario, la fidelidad a la vocación cristiana y la llamada a la reconciliación.—MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.

SANTIAGO DE PABLO, JOSEBA GOÑI GALARRAGA Y VIRGINIA LÓPEZ DE MATURANA:
La diócesis de Vitoria. 150 años de historia (1862-2012), Vitoria, Editorial ESET-Obispado de Vitoria, 2013, 767 pp., ISBN: 978-84-7167-159-2.

Aunque hace ya unos años que la Biblioteca de Autores Cristianos puso en marcha una muy valiosa Historia de las diócesis españolas, ello no ha sido óbice para que puedan seguir escribiéndose historias alternativas de diócesis como la que en esta ocasión se nos presenta. En ese sentido, el libro escrito por el Catedrático de Historia Contemporánea Santiago de Pablo, el Catedrático emérito de la Facultad de Teología (sede de Vitoria) Joseba Goñi y por la Doctora en Historia Contemporánea Virginia López de Maturana no sólo es una muestra de lo afirmado anteriormente, sino también una excelente aportación al conocimiento de la Historia diocesana más reciente. Como señala Monseñor Asurmendi, actual Obispo de Vitoria, la razón de este libro ha sido conmemorar el primer siglo y medio de existencia de la diócesis de Vitoria, siendo un encargo realizado

por una comisión formada por seculares, consagrados y sacerdotes bajo la presidencia del propio Miguel Asurmendi.

Así, podemos adelantar que esta Historia se divide en dos períodos fundamentales: de 1862 a 1950, en que Vitoria es la gran diócesis de las entonces «Provincias Vascongadas», y de 1950 en adelante, en que pasa a ser una sede episcopal menor al repartirse el territorio diocesano en tres diócesis: Bilbao, San Sebastián (ambas de nueva creación) y la propia Vitoria. Pasando al análisis en sí de la obra, lo primero que hay que destacar es la riqueza de fuentes utilizada. En el caso de las llamadas fuentes primarias (es decir, la documentación de archivo), se han utilizado hasta diecisiete archivos diferentes, tanto de carácter eclesial (el Histórico Diocesano de Vitoria, el de las Misiones Diocesanas Vascas o el Secreto Vaticano) como de origen estatal (archivos de los ministerios de Asuntos Exteriores o de Justicia, General de la Administración, Municipal de Vitoria-Gasteiz). A ello le acompañan numerosas publicaciones periódicas, tanto nacionales (*ABC*, *El País*, *Pueblo*), como locales (*Heraldo Alavés*, *La Gaceta del Norte*, *Pensamiento Alavés*). Pero si hay algo que llama la atención es la amplísima bibliografía que se adjunta, donde aparecen todas y cada una de las principales aportaciones historiográficas de los últimos tiempos, y no sólo sobre Historia de la Iglesia, sino también sobre Historia vasca e incluso Historia de España.

Con todo este punto de partida, lo esperable era encontrar una obra sólida tanto en el fondo como en la forma, y así ha sido ciertamente. De esta manera, la primera parte de la obra se centra en la dificultad que entrañó la creación de la diócesis de Vitoria, para lo cual, como destacan los autores, resultó necesario que tanto la Santa Sede como el Gobierno español accedieran, a través del Concordato de 1851, a la creación de una «diócesis vascongada»: es decir, una sede episcopal que tuviera en común el carácter foral de los territorios que lo integraban y donde se diera el rasgo de identidad común de una fuerte y pública fe católica. En ese sentido, los autores consideran clave el papel jugado por las autoridades civiles, ya que fue la insistencia de éstas la que acabó convenciendo a Roma de la conveniencia de erigir una diócesis en territorio vasco y específicamente destinado a éste. No obstante, como reconocen los autores del libro (en algo común a todo el libro, que es la precisión en la obtención de los datos), para que la diócesis de Vitoria fuera una realidad resultó necesario la cesión de territorio por parte de varias sedes episcopales, entre ellas Burgos, Santander, Pamplona y Calahorra (que resultó finalmente la más perjudicada al ceder nada menos que 553 parroquias, quedándose con tan sólo 382 dentro de su jurisdicción eclesiástica).

Hay que señalar, en relación con todo esto, que los autores de este amplia obra se guían por los diferentes obispos diocesanos a la hora de establecer su orden cronológico. Lo que no es obstáculo para detenerse en cuestiones fundamentales que afectaron, o a la Iglesia diocesana, o a la Iglesia nacional, o a ambas a la vez. Por poner un ejemplo, cuando llega el momento de hablar de la etapa en la que estuvo al frente de Vitoria el primer obispo de la diócesis, Diego

Mariano Alguacil (1862-1876), también se analizan los tiempos de profundas transformaciones que vivió España durante aquellos años, e incluso la propia Iglesia universal, ya que se aborda tanto la «cuestión romana» como la política de los diferentes regímenes (monarquía isabelina, sexenio revolucionario, restauración canovista) hacia la Iglesia, y su incidencia sobre la incipiente diócesis de Vitoria.

Así, lo que pronto pudo constatarse es que Vitoria iba a ser una diócesis con cierta tendencia a la conflictividad. Conflictividad intraeclesial, y conflictividad sobre todo extraeclesial (entendida en términos políticos), al ser de alguna manera la representante eclesiástica de un fenómeno en ebullición, como era el nacionalismo vasco, que, no lo olvidemos, se constituyó como un partido confesional. Sólo hay que examinar el informe para la visita «ad limina» que escribió Monseñor Cadena y Eleta, Obispo de Vitoria entre 1904 y 1913, y donde señalaba la existencia de una variedad ideológica, entre los propios católicos, como la integrada por carlistas, integristas, nacionalistas y «neutros», a los que habría que añadir otros dos sectores ideológicos que también tenían numerosos católicos en sus filas, como eran los conservadores, por un lado, y los liberales, por otro. En ese sentido, debe recordarse la importante variedad socio-económica existente dentro del territorio diocesano, ya que era muy diferente la realidad de la actual Álava (predominantemente rural) de la de una parte de Vizcaya, que se encontraba en aquel momento en pleno proceso de industrialización.

Desde esta perspectiva, los autores realizan un amplio análisis de la realidad religiosa de la entonces única diócesis vasca: el surgimiento de nuevas congregaciones religiosas, la erección de un Seminario diocesano (que llegaría a hacerse extraordinariamente célebre durante los años de la II República y la Guerra Civil española), la puesta en marcha de sindicatos de carácter confesional, etc. Respecto a los diversos prelados de la diócesis, se destaca el carácter muy conflictivo del pontificado del ya citado José Cadena y Eleta, un navarro que, como destacan los autores, protagonizaría un abierto enfrentamiento con el nacionalismo vasco, lo que ellos interpretan como una cuestión directamente relacionada con la lengua vasca (el euskera) pero que, en la práctica, tenía un trasfondo sobre todo político. Porque Monseñor Cadena pronto sería visto entre las filas del nacionalismo vasco como un hombre del entonces Presidente del Gobierno, Antonio Maura, y de los conservadores que realizaban su labor política en tierras vascas. En relación con ello, De Pablo, Goñi y López de Maturana ponen de relieve una cuestión que volvería a tener lugar en más ocasiones, y es la abierta contradicción entre la obediencia jerárquica y la necesidad del nacionalismo vasco de encontrar el espacio político que el sistema instituido por la Constitución de 1876 no le permitía. Por otra parte, el conflicto resultaba casi inevitable en la medida en que las instituciones vascas concedían al obispo de la diócesis un gran protagonismo en cuestiones que en principio sólo deberían ser de índole política, como era la elección de diputados a Cortes por el distrito de Vitoria (resulta muy interesante el relato que los autores hacen de la conflictiva elección

de Eduardo Dato frente a Esteban Bilbao, político que acabaría presidiendo las Cortes orgánicas del franquismo e incluso sería Ministro de Justicia).

Por Vitoria pasarían dos futuros arzobispos de Madrid (Prudencia Melo y Alcalde y Leopoldo Eijo y Garay) y un futuro Arzobispo de Santiago de Compostela (el agustino Zacarías Martínez Núñez, primer prelado de la diócesis perteneciente a una orden religiosa). Sin embargo, si hubo una figura controvertida, y que, como en el resto de la obra, es abordada con el mayor de los rigores por los autores, ese fue el vasco Mateo Múgica Urrestarazu, Obispo de Vitoria durante los convulsos años del final de la monarquía de Alfonso XIII, la II República y la Guerra Civil española. En ese sentido, De Pablo, Goñi y López de Maturana defienden la figura de Múgica, a la que consideran que hubo de moverse en unas circunstancias extraordinariamente adversas, con un clero dividido entre nacionalistas y no nacionalistas, y con un PNV que tomó parte por la república frente a un franquismo que exigió a la Iglesia, desde el primer momento, adhesión a la sublevación militar. Este tema es quizá el más novedoso para los especialistas en el tema, ya que se aporta numerosa documentación relevante (como la procedente del Archivo Secreto Vaticano) que vienen a arrojar luz sobre algo hasta ahora bastante sumergido entre tinieblas.

Quizá el otro tema de mayor interés del libro tenga que ver con el largo pontificado del trolense Francisco Peralta Ballabriga (1955-78), quien durante los años en los que estuvo al frente de la diócesis, si bien es cierto que gobernó un territorio mucho menor (también resulta muy interesante cómo se vivió el fenómeno de la disgregación), no por ello pudo librarse de los numerosos conflictos derivados de la recepción del Concilio Vaticano II en España, de la abierta confrontación de una parte del clero vasco (incluido el alavés) contra el franquismo e incluso del fenómeno de la contestación dentro del clero, resultando particularmente relevantes las exigencias de dimisión del obispo por parte de un sector del clero diocesano, que explica el hecho de la jubilación anticipada de un Peralta que, agotado, presentaría su renuncia en julio de 1978 a pesar de que en ese momento contaba con tan sólo sesenta y seis años de edad.

La marcha de Peralta y la llegada de un obispo alavés, José María Larrauri (1979-1995), no calmaría, sin embargo, la tempestad político-ecclesial alavesa. Es esta etapa los autores aprovechan para analizar la estructura y gobierno de la diócesis, la evolución del clero diocesano, del seminario y de las comunidades religiosas, y el devastador fenómeno secularizador, que ha llevado a que Vitoria haya pasado de casi 500 efectivos sacerdotales a comienzos de los setenta a poco más de trescientos (y con una media de edad mucho más elevada) en 2010. Resaltar, en ese sentido, el epígrafe titulado «Iglesia y política, la última etapa de una historia conflictiva», que permite comprender la auténtica dimensión y complejidad de una sede episcopal cuyos primeros ciento cincuenta años de existencia han sido, por momentos, más que intensos.

La obra concluye con algunos interesantes anexos, como la bula pontificia por la que se erigió la nueva diócesis, la división territorial de las diócesis en

arciprestazgos o una breve relación de los diferentes obispos de la diócesis. Si a ello le añadimos la existencia de un completo índice onomástico, ello nos permite concluir que estamos ante una excelente obra de investigación que permite al lector conocer mejor el siempre complejo fenómeno de la Iglesia y sociedad vascas.—Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

VOLDER, J. DE, *San Damián de Molokai. Un santo para nuestro tiempo*, (San Pablo, Madrid 2013), 312p., ISBN: 978-84-285-4140-4.

Se trata de la última de las muchas biografías que se han escrito del apóstol de los enfermos de lepra, que sale a la luz tras la canonización de este sacerdote misionero, religioso de la Congregación de los Sagrados Corazones. No es una biografía más. Aparece en la prestigiosa colección de semblanzas de santos de la editorial San Pablo, que decidió darla a conocer a los lectores de habla hispana por la calidad y rigurosidad que le merecía el trabajo de su autor, Jan De Volder, periodista e historiador que desarrolla su actividad profesional en Amberes (Bélgica), muy unido a la Comunidad de San Egidio.

De Volder muestra que el hilo conductor que atraviesa la vida del santo, el espíritu del P. Damián que tanto habla al mundo, es singularmente cristiano y plenamente humano. No quiere quedarse en la figura del héroe, sino ahondar en la raíz de su santidad. De hecho, en el año 2005 su nativa Bélgica lo honró con el título de «el belga más grande» en una votación realizada por el servicio público de radiofonía. Una de las principales aportaciones de esta obra es el manejo que realiza de la abundante correspondencia del misionero con las autoridades civiles, religiosas, con su familia, amigos y bienhechores. A través de la documentación, el autor va afrontando diferentes cuestiones sobre la personalidad del padre Damián, sin ahorrarse ninguna de las cuestiones que se han debatido en torno a su acción misionera. Logra responder a todas ellas mostrando la entrega apasionada que movió la vida del santo canonizado en 2009. Considera que, como padre espiritual, encargado de cuidados, maestro y abogado, el P. Damián realizó muchas hazañas por esos pobres marginados. Pero el mayor regalo que él les hizo fue la transformación de esa multitud desordenada, sin leyes, exiliada en una anarquía desesperada, en una comunidad viva edificada en Jesucristo, una comunidad en la que aprendieron a cuidar unos por otros.

El biógrafo nos brinda la oportunidad de adentrarnos en el paisaje humano y espiritual que rodeó la vida de Damián de Molokai a través de los diez capítulos de los que consta su obra. Nos sumerge en los sentimientos y opciones del misionero belga, se zambulle con particular intensidad en el espíritu del personaje, en lo que vivió y sintió, transmitiendo constantemente la pasión que animó la existencia del sacerdote que, desde niño, había admirado la figura de san Francisco Javier, quien inspiró su labor misionera. Una de las características del estilo de este escritor es que no se entretiene en la descripción de los paisajes relativos a